

# EL CIELO DEL TEJÓN

JESÚS GORDILLO



MANIAC

## EL CIELO DEL TEJÓN

© Maniac Ediciones, 2026

© del texto: Jesús Gordillo, 2026

© del diseño y cubierta: Ana Guerrero, Maniac Ediciones, 2026

Corrección: Rocío García Melgar

Impresión y encuadernación: Safekat

Impreso en España – Printed in Spain

Primera edición: mayo 2026

[www.maniacediciones.com](http://www.maniacediciones.com)

ISBN: 979-13-991246-6-8

Depósito legal: DL SG 85-2026

En Maniac Ediciones agradecemos que nos ayudes a fomentar la autonomía creativa de autores y autoras para que puedan continuar desempeñando su inestimable labor. Por eso, quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Dirígete a [hola@maniacediciones.com](mailto:hola@maniacediciones.com) o a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si quieres fotocopiar, escanear, distribuir o reproducir algún fragmento de esta obra.

Queda expresamente prohibida la utilización de esta obra o cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

*A Marina, el misterio que nunca resuelvo.*



## PRÓLOGO

En Badajoz, el 13 de agosto de 1936, la atmósfera estaba cargada bajo un cielo oscuro como la boca de los cañones. La calle olía a pólvora. Los muros, a tinta de propaganda y los solares, a tierra excavada durante el día para llenar los sacos y formar las barricadas. Pocos dormían en el interior de las casas, unos por el calor del verano y otros por el fragor de la batalla que estaba a mitad de camino. Había incluso quien encontró motivación suficiente para salir a pegar carteles de apoyo a la República, como si no estuvieran ya todas las voluntades sentenciadas y la historia medio escrita en los libros.

Mérida había caído en poco tiempo frente a las tropas de Franco y sus regulares marroquíes, y era cuestión de horas que sonasen morteros al otro lado de la Alcazaba. Habían colgado de la torre de la catedral una bandera republicana, y alguien había enmudecido con sábanas el badajo de las campanas para que no doblasen hasta que tuvieran que hacerlo en serio. Solo las luces de los cuarteles seguían encendidas, donde contingentes de oficiales ultimaban una defensa que se sentía frágil ya desde el principio.

En mitad de esa instantánea de la cámara de Capa, un Peugeot 201 atravesaba las calles empedradas del casco antiguo, con el motor a bajas revoluciones para llamar la atención lo mínimo posible. Los faros alumbraban de amarillo, al tiempo que la luna creciente se asomaba por el Cerro de la Muela, donde se veían las luces de los puestos de centinelas sobre las torres de la muralla. El conductor sujetaba fuerte el volante, mientras que su esposa temblaba en el asiento del copiloto con las manos sobre el regazo. En el sillón trasero, un crío pequeño con el pelo del color del cobre aguantaba el sueño como podía, con una bolsa de deporte apoyada sobre las piernas.

—Tranquila, mujer —dijo el hombre, poco convencido—. Confía un poco, coño. Que lo tengo controlado. Todo va como tiene que ir.

Pero las palabras no se escucharon por encima del motor ni de la incertidumbre. Por mucho que se esforzó, sonaron lastimeras y débiles, en contraste con el tono severo que solía utilizar con sus empleados antes de que empezara el conflicto. Como director regional del Banco Hispano Americano, estaba acostumbrado a reuniones belicosas con militares y gente importante de la República, pero todo había cambiado en los últimos días con la guerra al otro lado de la puerta.

—¡Alto, me cago en la puta! —La voz venía de una sombra en mitad de la calle—. ¡O frenas en dos segundos, o te juro por mi padre que te acribillo en nombre de la República o en el de mis cojones!

Al banquero le sobró un segundo y medio para detener el Peugeot a varios metros de un soldado joven que les apuntaba con su fusil. Vestía uniforme completo, algo poco habitual en aquellos días de milicianos donde por llevar una gorra podían nombrarte sargento.

—¿Qué parte del toque de queda no habéis entendido? —espetó, acercándose a la ventanilla—. ¿Qué parte de «quedaos en vuestras putas casas» os cuesta comprender? Ahora, por esa chulería que tenéis los ricos, muy buena va a tener que ser vuestra historia para que no os fusile en este mismo momento.



—Llevo un salvoconducto —mintió el conductor.

—Pues ya puede estar firmado por el propio Azaña, porque tengo órdenes de no dejar pasar ni a mi madre.

—Es un salvoconducto verbal —improvisó, mientras que su mujer se removía incómoda en el asiento—, pero viene respaldado por esto.

Extrajo un fajo de billetes de la bolsa de lona que, sin necesidad de contarlos, se veía suficiente como para jubilar al más joven de los cadetes. Era una suma importante, pero nada en comparación con el contenido del bolso que llevaba en el asiento trasero, sobre su hijo: todo el dinero que había sacado de la caja fuerte de su banco antes de que anocheciera.

El joven dudó al ver el montón, bajó el cañón del rifle sin darse cuenta y el banquero supo que la situación estaba ya controlada. Conocía de sobra ese brillo de ambición en la mirada de un hombre.

—¿Y para qué quiero yo dinero, si me fusilan mañana? —protestó el soldado, sin apartar la vista de las pesetas.

—Mira, chaval —explicó, condescendiente—, se te ve inteligente y esta mierda no es tu mierda. Sabes que la batalla está perdida. Que el Franco ese viene con fuerza, y que los moros que lo acompañan pegan duro de narices. Que sí, que yo soy más republicano que nadie, no te creas. Pero solo cuando toca serlo, y te puedo asegurar que ahora no es el momento.

El cadete escuchaba con atención mientras que el conductor apoyaba el pie sobre el acelerador para no perder ni un segundo de gas cuando la charla acabase.

—Me ha llegado un soplo que vale más que todos los billetes —siguió diciendo— y lo voy a compartir contigo, porque estamos juntos en esto. Es información que llega de muy arriba, ¿sabes? No es un rumor lo que te cuento. Mañana por la mañana, antes de que amanezca, la Guardia Civil se va a posicionar del lado de los golpistas.

El soldado abrió mucho los ojos al escuchar aquello, pero el banquero continuó hablando, dispuesto a no dejarle pensar demasiado.

—Que yo de guerras sé muy poco —añadió—, aunque estoy seguro de que, entre los moros de ahí afuera y los guardias de aquí dentro, no va a quedar un republicano en pie antes de que caiga la tarde. Hazme caso, amigo: coge el dinero y lárgate al norte ahora que estás a tiempo.

—No se puede salir de Badajoz —protestó, bajando el arma por completo—. Todas las salidas están vigiladas. Y si me pillan desertando, me atan a un cañón y me disparan contra Franco.

—Coge el dinero, coño. Seguro que te apañas. Aunque tengas que adelgazar el fajo para abrirte paso. Ahí hay guita para distraer la vista de varios vigías.

El joven cogió el taco de billetes, no sin antes echar un vistazo alrededor para comprobar que no se movía nada en la oscuridad, y lo escondió deprisa debajo de la camisa del uniforme.

—¿Y vosotros por qué subís a la Alcazaba? —preguntó—. Por ahí no hay ninguna salida.

—Nuestros asuntos son nuestros —concluyó el banquero—, y hasta aquí llega nuestro trato. Pasa buena noche y cuídate de los fascistas. Bueno, y de los tuyos también, que ahora ya no tienes bando.

Y sin esperar siquiera a que el soldado se apartara del todo, pisó el acelerador y giró en la siguiente curva sin mirar por el retrovisor.

Callejó un poco más con las revoluciones bajas, hasta aparcar en un solar de escombros que se encontraba cerca de su destino, algo alejado de las plazas principales para no llamar la atención de más guardias. Apagó el motor en silencio y dejó las llaves puestas. Después bajó del vehículo e instó a su mujer a que lo siguiera sin necesidad de utilizar palabras. La esposa, con la abnegación y fragilidad de la clase alta, se veía incómoda cargando con la bolsa repleta de billetes, que pesaba una tonelada entre el papel y la culpa. Llevaba un vestido largo y unos zapatos de medio tacón



grueso, único atuendo que una dama de su categoría social podía entender como ropa confortable. El niño les seguía de cerca, obediente en su silencio, con el pelo rojizo desbaratado por haberlo sacado de la cama en mitad de la noche. Así recorrieron las últimas callejas empinadas y oscuras hasta llegar a su destino: un edificio que había sido desalojado esos días por estar demasiado cerca del lugar donde se esperaba que se produjese la batalla.

Se acercó al enorme portón, comprobó una vez más que la calle estaba desierta y extrajo la llave metálica temiendo que no funcionase. La había comprado esa misma noche, junto con unas instrucciones algo confusas de lo que debía hacer a continuación, y si la cerradura no giraba iba a tener que dar demasiadas explicaciones. Pero, tras resistirse al principio, el cerrojo se movió y solo tuvo que empujar la hoja para despejar la entrada. Un enjambre de partículas de polvo acumulado flotó frente a ellos en la oscuridad azulada, que atravesaron sin dudar, como si fueran vulgares rateros.

El interior del edificio, de techos altos y grandes ventanales, se veía inusualmente oscuro y despoblado, mientras la luna traspasaba con suavidad el tinte de los cristales. Flotaba en el aire un olor a prohibido y a sacrilegio, y solo cuando atravesaron por completo el portón, la mujer se atrevió a romper el silencio, en voz muy baja y con evidente nerviosismo.

—No me gusta este sitio —susurró—, y menos así, de noche. Vamos a esconder la bolsa y vayámonos a Portugal, que los fascistas ya no son los únicos que me dan miedo.

El marido la miró con una sonrisa extraña. La oscuridad parecía haberse adherido a sus pupilas, y la mujer no pudo evitar que se le congelara el sudor en la espalda.

—Joder, niña —dijo con voz ronca—, como te pasa siempre, no te has enterado de nada. ¿Crees que hemos venido aquí para esconder dinero?

Avanzó entonces hacia el centro de la sala, que se encontraba en absoluta oscuridad, alejada de los ventanales. Prendió la llama del encendedor y empezó a recorrer con la luz el suelo de la estancia, ante la mirada atónita de su esposa que, desde su posición, no alcanzaba más que a ver la llama volando como si fuera una luciérnaga de fuego. Susurraba el hombre entre quejas y optimismos, hasta que se escuchó el sonido leve de unos cristales rotos. Se produjo un silencio absoluto mientras el banquero aguantaba la respiración, expectante, y su familia lo imitaba por simple instinto de conservación.

Afuera no soplaba viento alguno, e incluso los pájaros nocturnos habían volado lejos para escapar de la guerra. Por eso, cuando se oyó un chasquido de metal y de madera, el niño apretó la mano de la madre, espabilado como nunca. Al mismo tiempo, la luz del encendedor se dejó vencer, todo se oscureció y los sonidos de la sala dejaron de ser identificables.

Casi de forma simultánea, la mujer adivinó el crujir de unas tablas. Venía de todos lados y de ninguno, y no supo decidir hacia qué oscuridad girarse para anticipar el peligro. Acaso un paso cercano, una respiración pesada y después un silbido agudo, seguido de dos golpes secos de algo golpeando contra el suelo. Nada que hubiera escuchado en su vida, pero que el instinto le señaló como el cuerpo de su marido desplomándose. Forzó la vista en dirección al ruido, hasta que sus pupilas se abrieron al máximo y las siluetas formaron figuras.

Pudo ver la cabeza de su esposo separada del tronco casi en el mismo instante en que la suya propia se desprendió de los hombros y fue a caer sobre las baldosas. El impulso de su último latido le sirvió para que el cerebro se comunicara con el tímpano y este le susurró un sonido que le acompañaría allá donde fuera: el atroz roce de una hoja de acero decapitando sin piedad a su pequeño hijo pelirrojo.



# CAPÍTULO 1

Badajoz, noviembre de 2025.

No había luz en el callejón lateral del hotel, aparte de las ascuas de su cigarro y de la rendija de la puerta de incendios, que la chica sujetaba con el pie para que no se cerrase del todo. Arrimada a la pared, refugiada de la humedad de la niebla, Zuna fumaba sin prisa, consciente de que le quedaban horas para terminar la jornada nocturna, que prometía ser tan anodina como siempre. Con la vista fija en los ladrillos y la mente perdida en la nada, sentía incómodos los zapatos de tacón grueso del uniforme, mientras apretaba con la mano el abrigo de plumas a la altura del cuello para proteger la garganta del frío. No le permitían usar esa prenda durante su turno, pero se lo había enfundado sin miedo porque sabía que ninguno de los jefes pasaría por allí a las dos de la madrugada. De hecho, podía recordar sin esfuerzo las contadas ocasiones en que había visto por allí a los dueños del hotel, y tenía sospechas de que su buen funcionamiento no era algo que les preocupara lo más mínimo. No era necesario ser contable para saber que no salían las cuentas del negocio, aunque a menudo

los ricos juegan a eso, y no sería ella quien se quejase si con eso pagaba las facturas. Sin embargo, la ausencia de turistas en Badajoz, sumada al elevado precio de las pernoctas, hacía que en días como aquel, un martes cualquiera de otoño, no hubiera ni un solo huésped alojado en sus dormitorios. Ni viajeros, ni romances de discoteca, ni gente de negocios en una ciudad sin negocios. Solo diez habitaciones vacías, y ella como recepcionista adormilada hasta que llegara el relevo por la mañana.

Lanzó el humo de sus pulmones, que voló perezoso pendiente abajo en dirección a calles poco recomendables. El edificio del hotel se había construido derruyendo dos casas antiguas, por lo que había quedado encajado en un barrio medio abandonado, al que le faltaban décadas para volver a ser habitable. Viviendas en ruinas, suciedad en los rincones y malas compañías, que servían al hotel de siniestras bambalinas que los turistas evitaban a toda costa.

Pero a Zuna le gustaba entrever allí un pasado de morería, aljibes y patios con naranjos, aunque tuviera que hacer uso de todo su entusiasmo para encontrarle el misterio a esas calles. Además de trabajar allí, tenía su casa también en el casco antiguo, de modo que llevaba años formando parte de aquel ecosistema y se sentía cómoda en él. Los maleantes, que no eran tantos en realidad, o si lo eran habían envejecido demasiado para ser peligrosos, habían asumido a la chica como una especie autóctona más de aquella sabana inhóspita. Por eso nunca se sintió insegura allí, y tal vez por eso mismo sentía su vida anestesiada.

Pronto pasaría un año desde su última relación amorosa fallida, un bombero encantador que no hizo más que tratarla bien sin despertar en ella ningún sentimiento afectivo. Lo había dejado sin dramas, sin llantos y sin llamadas en la madrugada, por lo que tuvo claro que la decisión había sido acertada. No es que Zuna quisiera llorar ni que le dieran mala vida, pero añoraba sentir las cosas con fuerza. Después de renunciar a encontrar la pasión por el trabajo, por sus turnos cambiantes o por una familia que no veía desde hacía más de diez años, necesitaba algo que ese hombre



no supo darle. Y no le culpó, porque no era su estilo, ni se culpó a ella; hacerlo nunca le había servido de nada.

Lo malo es que no era tristeza lo que sentía, un enemigo al que tal vez habría podido enfrentarse, sino que la niebla que el invierno había traído se le estaba metiendo dentro y no sabía cómo evitarlo.

Apuró el cigarro, para apurar con él una parte de su turno, y se dispuso a entrar en el hotel cuando le llamó la atención un movimiento de sombras a su espalda. Apenas un cambio de luces completamente silencioso. Se giró deprisa y vio que una silueta ancha se recortaba en la neblina contra la luz anaranjada de una de las farolas.

El contraluz de la calleja, sumado a las partículas vaporosas de la humedad, hizo que tardase un poco en distinguir lo que estaba viendo, pero cuando sus pupilas se acostumbraron, identificó enseguida que se trataba de la silueta de una mujer corpulenta, de cierta edad, con el pelo largo y despeinado cayendo sobre los hombros desnudos. Vestía un camión austero de color blanco y sus pies descalzos se veían azulados por el frío, medio aplastados contra los adoquines húmedos de la calle. Tenía el rostro oculto en las sombras y daba pasos en su dirección, desorientada. Aunque su presencia allí, tanto por la hora como por el atuendo, estaba completamente fuera de lugar, por algún motivo Zuna no se vio amenazada en ningún momento, sino que sintió algo familiar en aquella extraña mujer que se acercaba con pasos cortos.

—¿Hola? —preguntó en voz alta, mientras abría del todo la puerta de incendios para que la luz del hotel iluminara el callejón—. ¿Se encuentra bien?

—La enfermedad, niña —respondió la aparecida—. Que me ha jugado un mal trance.

Cuando escuchó la voz, al tiempo que el haz de luz revelaba la cara de la anciana, la reconoció como una de las monjas del Convento de las Adoratrices que se encontraba justo al final de la calle, a menos de veinte

metros de las traseras del hotel. Se había cruzado con ella en varias ocasiones, siempre acompañada de Teodora, otra hermana más joven con la que Zuna conversaba durante los turnos de día. Había olvidado su nombre, pero sí se acordaba de que solía mostrarse bastante lúcida pese a su avanzada edad, algo que no sucedía en esos momentos en los que sus ojos parecían mirar más allá de la neblina.

—Mujer —se apiadó—, ¿qué hace fuera a estas horas?

Las partículas de niebla se negaban a posarse sobre la piel febril y cálida de la mujer, sonrojada en las mejillas y en el escote, pero extremadamente blanquecina en el resto del cuerpo.

—Tuve que romper el voto, ¿sabes? —le contó la religiosa, detenida allí en mitad del callejón—. Mi juramento sagrado. No podía irme de este mundo llevando un pecado tan grande. Necesitaba absolución. Me la había ganado y la busqué en la confesión.

Preocupada por su estado, Zuna dejó que la puerta se cerrase, sin prestar atención a los delirios temblorosos de la hermana. Se acercó a ella, mientras se quitaba su propio abrigo para cubrirla, pero la mujer no reaccionó cuando llegó a su lado. Solo miraba hacia el infinito y se dejaba hacer.

—Claro —trató de calmarla, mientras le ponía la prenda sobre los hombros, que apenas alcanzaba a tapar la mitad de su cuerpo—. No se preocupe ahora por eso, hermana. Tenemos que volver al convento, que no está la noche para andar aquí fuera.

—He traicionado al tejón —susurró, mientras dejaba que la joven dirigiera sus pasos de vuelta a la puerta de la casa religiosa—. Lo siento mucho. Ya han venido a preguntarme esta mañana, y temo que esta noche volverán de nuevo. Por culpa del padre Imaz de la Vega, que no ha respetado el deber de sigilo sacramental.

Zuna sintió frío por la falta de abrigo y por la situación. También por el contraste de su mano con el antebrazo cálido de la anciana. Por suerte,



la señora se dejó guiar y salvaron enseguida los pocos metros de pendiente hasta llegar a la calle San Atón, donde se encontraba la puerta que conducía directamente a la vivienda de las monjas. No le extrañó verla entreabierta, con el interior oscuro absorbiendo la niebla por el contraste de temperaturas. Como un túnel que quisiera succionar el alma de la ciudad.

—Venga, unos pasos más —la animó, sufriendo por ver los pies descalzos y empañados de la mujer mientras subía los dos escalones de la entrada—. ¡Ayuda!

Entonces la monja se movió de prisa y le tapó la boca con delicadeza, mientras que con la otra mano hacía el gesto del silencio. Esta vez sí que la miraba a los ojos. Allí adentro había luz, en algún lugar lejano.

—No grites. No las despiertes, por favor —dijo en tono sereno—. Las hermanas no se merecen estar despiertas en una noche como esta. No cuando ese hombre regrese. No me gustan sus intenciones.

Quizá fuera la suavidad de la voz de la monja, o lo templado de los dedos en sus labios, pero Zuna sintió que aquella señora había recuperado la cordura. Olía a jabón y talco. Incluso a flores, pensó, si estuviéramos en verano.

—Está bien —concedió—. Deje que la acompañe a su habitación.

—No, joven, lo siento —respondió mientras entraba en el convento e interponía su cuerpo para impedirle el paso—. Este pecado es solo mío y no comparto penitencias. Toma esto.

Tras devolverle el abrigo, introdujo la mano en el bolsillo del camisón, extrajo un objeto brillante y lo depositó en la palma de la mano de Zuna, que se dejó hacer confundida por lo que estaba sucediendo. La luz amarilla del farol de la calle resplandecía sobre la moneda dorada, desgastada en los cantos y con un diámetro superior a todas las que había visto nunca. También el peso era considerable, y estaba casi segura de que estaba hecha de oro.

—No puedo... —empezó a decir.

—Lo siento, chiquilla —la interrumpió la monja—, pero vas a tener que poder. No me queda más remedio. No era para ti, te lo aseguro, pero prefiero que no la tengan ellos cuando vengan al convento.

Y, sin más, cerró el portón metálico, que formó un remolino de niebla que rodeó a Zuna como si la abrazara. La joven permaneció allí durante casi un minuto, mirando aquella moneda que no era para ella, pero que se veía adecuada en su palma. La notaba preciosa y cálida. Enigmática.

No se escuchaba nada en el interior del convento, por lo que concluyó que la anciana estaba segura de puertas para adentro y que poco más podía hacer para ayudarla. A lo lejos, la campana de la catedral sonó tres veces mientras regresaba al hotel rodeando la manzana para llegar a la puerta principal, varias calles más abajo. Aceleró poco a poco el paso y miró hacia atrás en cada una de las esquinas.

Ya conocía los peligros del barrio viejo, pero en negocios de monjas siniestras en mitad de la noche todavía nadie le había enseñado las plegarias.